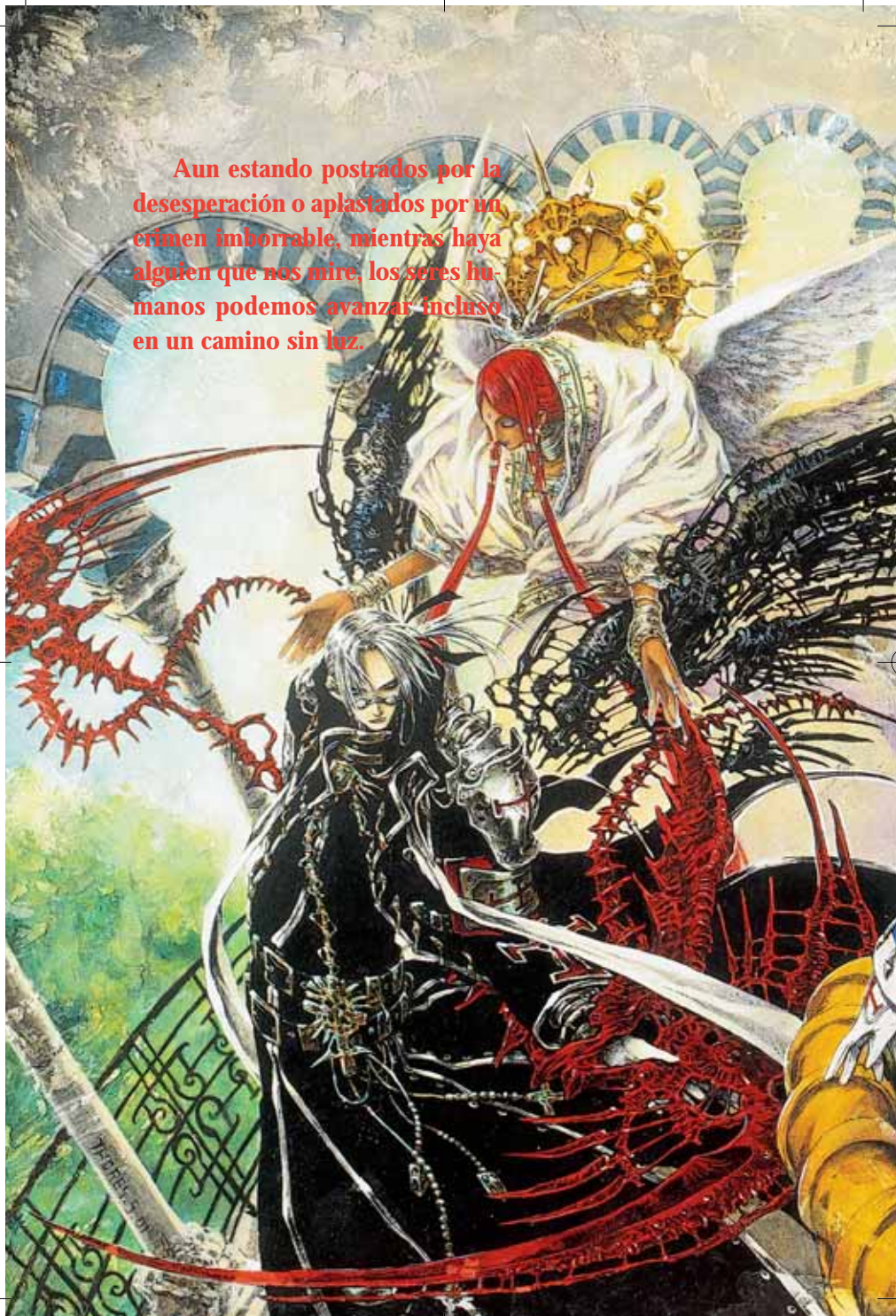
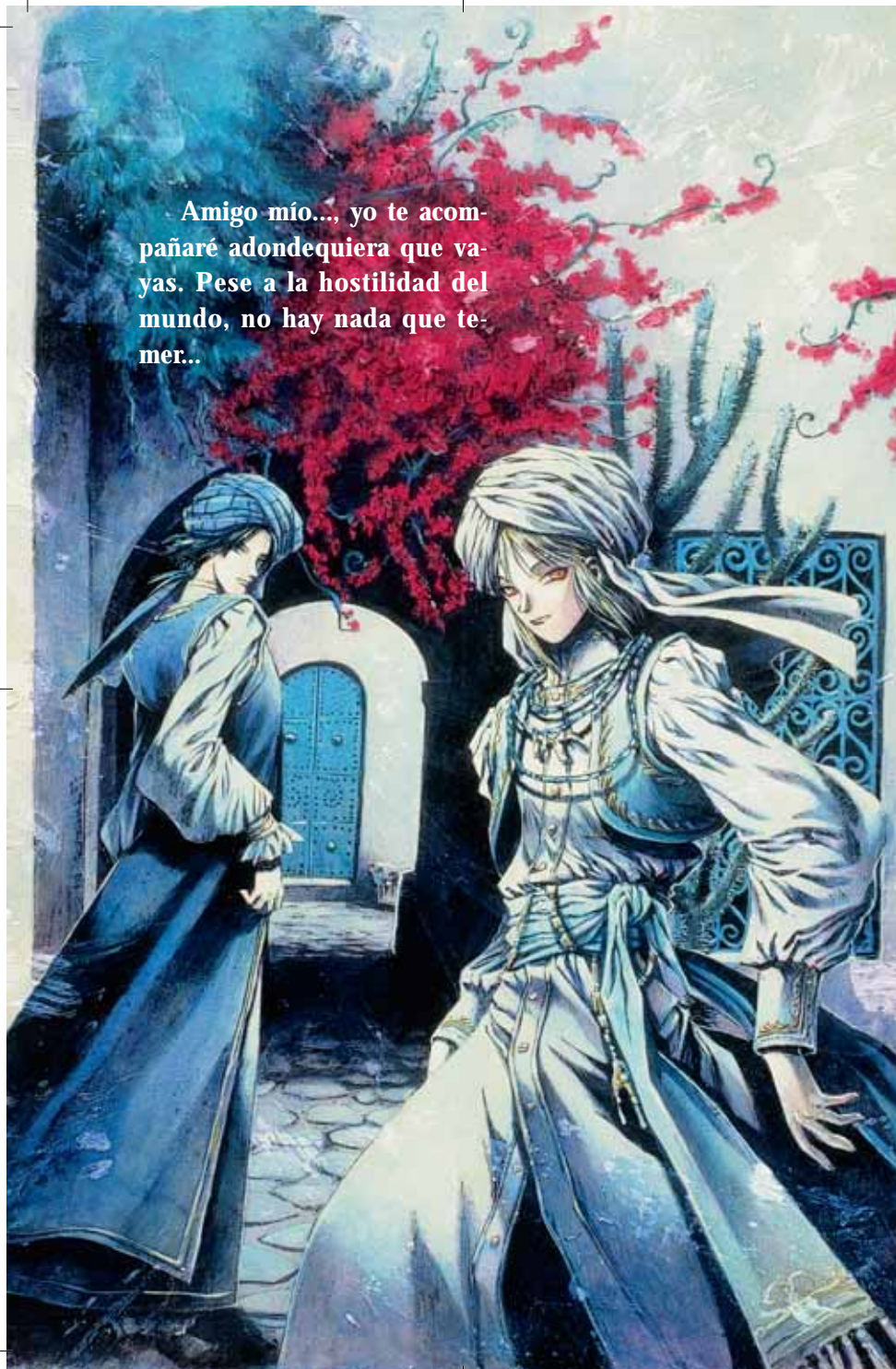


Aun estando prostrados por la desesperación o aplastados por un crimen imborrable, mientras haya alguien que nos mire, los seres humanos podemos avanzar incluso en un camino sin luz.





Amigo mío..., yo te acompañaré adondequiera que vayas. Pese a la hostilidad del mundo, no hay nada que temer...



TRINITY BLOOD

REBORN ON THE MARS 2

El ángel de la arena ardiente

Sunao Yoshida

timunmas

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

Titulo original: *The Star of Sorrow*

Primera edición: septiembre de 2007

© Sanao Yoshida, 2001

First published in Japan in 2001 by KADOKAWA SHOTEN
PUBLISHING CO., LTD., Tokyo

Spanish translation rights arranged with KADOKAWA
SHOTEN PUBLISHING CO., LTD., Tokyo through
TUTTLE-MORI AGENCY, INC., Tokyo

© Scyla Editores, S. A., 2007

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)
Timun Mas es marca registrada por Scyla Editores, S. A.
www.timunmas.com

© Pau Pitarch. DARUMA Serveis Lingüístics, S. L., 2007

ISBN: 978-84-480-4104-5

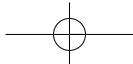
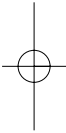
Preimpresion: Zero preimpresión, S. L.

Deposito legal: B. 34.717-2007

Impreso en España por Litografía Rosés, S. A.

Índice

Prólogo: El verano de la reina	15
Capítulo primero: La velada de los visitantes	27
Capítulo segundo: La llama de la traición	71
Capítulo tercero: Tachado de criminal	143
Capítulo cuarto: El ángel de la arena ardiente	209
Epílogo: Enviada al Imperio	263



PERSONAJES

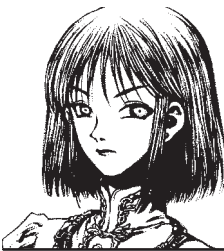
LOS PERSONAJES DE TRINITY BLOOD R.O.M.



Abel Nightroad: agente enviado por Ax, Krusnik.

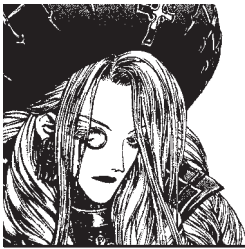
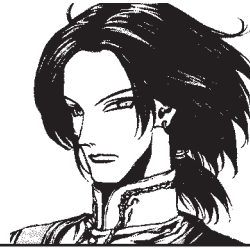


Esther Blanchett: agente de la Secretaría de Estado de la Santa Sede.



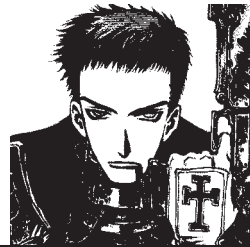
Ion Fortuna: enviado del Imperio de la Humanidad Verdadera, conde de Menfis.

Radu Barvon: enviado adjunto del Imperio de la Humanidad Verdadera, barón de Luxor.

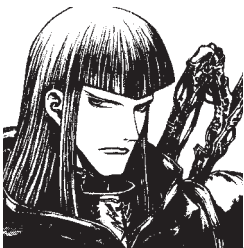


Caterina Sforza: cardenal. Secretaria de Estado del Vaticano.

Tres Iqus: agente enviado por Ax, Gunslinger.

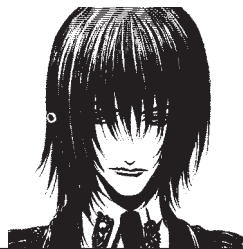


Kate Scott: agente enviada por Ax, Dama de Hierro.



Hermano Petros: director de la Inquisición, alias *El Ruinante*.

Francesco di Medici: cardenal. Presidente de la Congregación para la Doctrina de la Fe.



Antonio Borgia: cardenal. Ministro de Información y Relaciones Públicas.

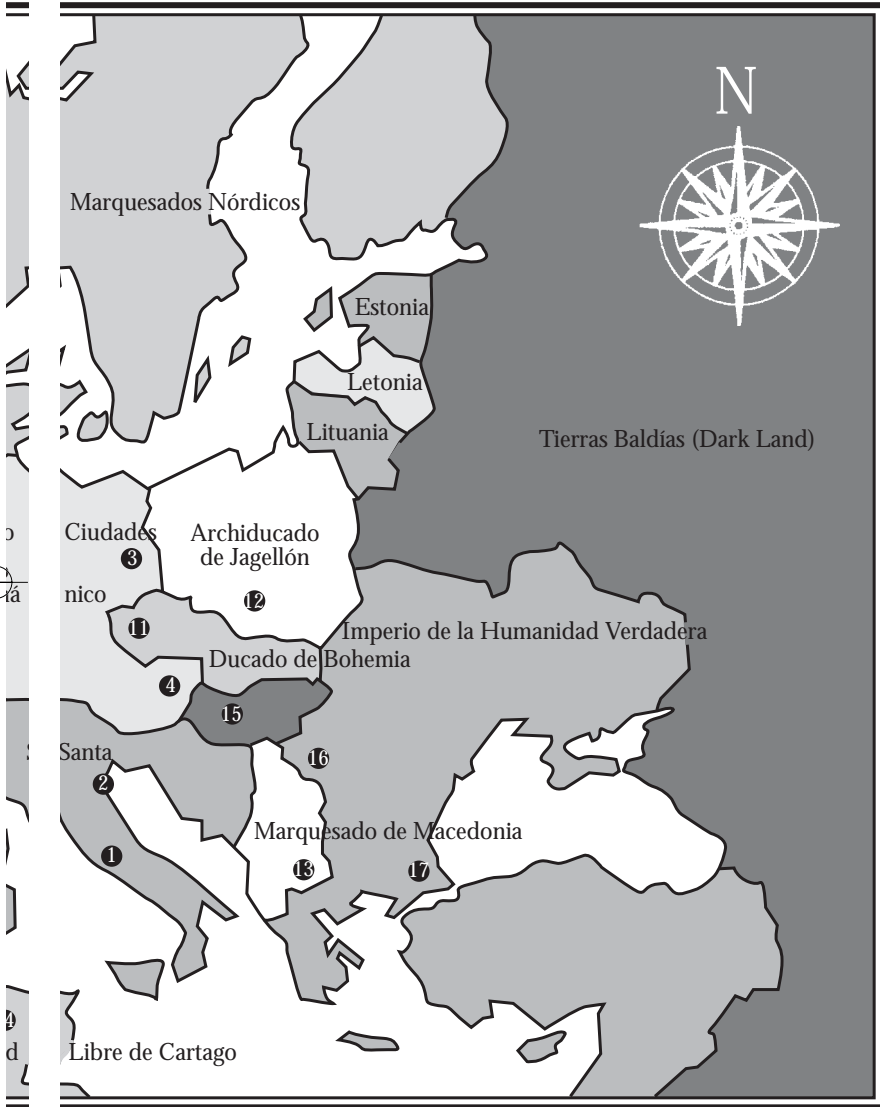
Pietro Borromini: ex funcionario del Departamento de Tasación de los Tesoros Sagrados de la Santa Sede. Programador.

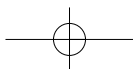
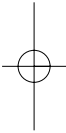
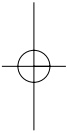
Dietrich Von Lohengrin: líder de la Orden de Caballeros de la Rosacruz, alias *Titiritero*.

El mundo de Trinity Blood

- 1 Roma
- 2 Venecia
- 3 Über-Berlin
- 4 Viena
- 5 Londinium
- 6 Sevilla
- 7 Valencia
- 8 Barcelona
- 9 Massilia
- 10 Lutetia
- 11 Praga
- 12 Cracovia
- 13 Skopje
- 14 Cartago
- 15 István
- 16 Timisoara
- 17 Bizancio







Prólogo

EL VERANO DE LA REINA

Porque he aquí, viene el día ardiente
como un horno

Malaquías 4,1

Se rumoreaba que la cardenal que estaba a punto de pasar por allí era una mujer extraordinariamente bella.

El hecho insólito de ver a una eclesiástica superior del Vaticano había atraído a muchos curiosos, y éstos, a su vez, a vendedores ambulantes; con el cuerpo de guardia alineado, apenas quedaba ya espacio hasta la Embajada de la Santa Sede, y la calle estaba tan alborotada que parecía una fiesta.

El mes de agosto en Cartago, sobre todo el mediodía, era como una olla en el infierno. Para colmo, ese verano tocaba tormenta de arena, es decir, era uno de los veranos de la reina, como los llamaban los nómadas, y nubes de arena llegadas del Sahara cubrían el cielo día tras día. Hasta la ciudad, un motivo de orgullo para los cartagineses, se veía ligeramente amarillenta.

—¡Dios santo! ¡Qué curiosos son!

Pietro Borromini se rió, mientras abría una botella de

vino cartaginés. Estaba tan frío que casi le dolieron los dientes al probarlo.

Él, que era de Roma, no comprendía por qué la gente se molestaba en salir a la calle con ese calor sólo para ver a una simple cardenal. En cambio, para ese grandullón, era más placentero pasar ociosamente las tardes en el solitario bar del hotel con aire acondicionado. Ver a través del cristal cómo la muchedumbre se abrasaba por el sol le ponía de buen humor.

—Per..., perdone. ¿Me permite sentarme a su lado?

Borromini giró el grueso cuello hacia una sombra bajita que había llegado con un aroma de perfume. Los ojos azules como el lapislázuli bajo el cabello pelirrojo miraban hacia el hombre gigantesco, que estaba sentado.

—Por supuesto. Siéntate... ¡Camarero! ¡Un vaso para esta señorita!

«¿Tendrá dieciséis o diecisiete años?» Borromini se relamió en su imaginación, inspeccionando a la chica que acababa de sentarse. Su pecho pequeño y su bello rostro, aún casi de niña, eran justamente de su gusto.

—Toma. Es mi vino. ¿Te apetece un poco?

—Gra..., gracias.

Ella hablaba un cartaginés muy claro, pero su tez pálida era de algún país nórdico como Albión. Por su vestido ostentoso y de gran escote seguramente se trataba de una prostituta, pero se intuía que llevaba poco tiempo en ese oficio por sus ademanes rígidos y sus sonrisas tensas. Su perfil, mientras probaba con timidez el vino, poseía una belleza sencilla.

—¿Te gusta?

—¿Cómo?

Borromini, encogiéndose de hombros, sirvió un segundo vaso a la chica, que parpadeaba, algo sorprendida.

—Te preguntaba si te ha gustado el vino. Se llama Lágrimas de la Reina y es el vino más caro de este local.

—S..., sí. Está rico. Muy rico.

La chica contestaba con una sonrisa inocente, y Borromini se sentía cada vez más excitado. «Esta niña es un bombón», pensaba.

—Oye, ¿por qué no vamos a mi habitación?

Si era prostituta, mordería el anzuelo. La invitó sacando la cartera.

—Tengo una botella de vino blanco en mi habitación. Lo traje de Roma. ¿Te apetece probarlo?

—¿Roma? ¿Usted ha venido de Roma, señor?

Unos fajos de billetes asomaban por su cartera, que había sacado intencionadamente para llamar la atención de la chica. Borromini, presumido, asintió ante la sorpresa de la niña.

—Sí, por trabajo. Es que soy programador.

—¿Ah, sí? Los programadores son los que manejan, por ejemplo, los ordenadores de hace siglos, ¿verdad?

La chica levantó su mirada con respeto hacia él, que se daba golpecitos en el robusto pecho.

—Entonces, ¿usted trabaja para el gobierno?

—No, es un encargo privado. Es un trabajo que me ha costado muchos esfuerzos. He tenido que sumergirme en lo más oscuro de los canales subterráneos...

—¿Canales subterráneos? ¿Es que le ha encargado el trabajo una empresa de fontanería?

—No, ha sido un mago.

Borromini le hizo, con poca destreza, un guiño a la chi-

ca, que se mostraba extrañada y pestañeaba con sus grandes ojos. A continuación, fanfarroneando, dijo:

—A petición de un mago, he estado construyendo una tormenta de arena. Por fin, he terminado esta mañana y justo en este momento estaba disfrutando de un descanso que no he tenido en mucho tiempo.

—¿Un mago le ha encargado hacer una tormenta de arena en los canales subterráneos? —repitió cortando las palabras una por una como si se tratara de un juego—. ¿Es una metáfora o algo así?

—Es que es una larga historia.

Al reírse, Borromini puso la mano izquierda, de la que colgaba una cadena de oro, sobre la mano de la chica. Ésta se puso tensa un instante, pero no lo rechazó. El programador deslizó después la mano hacia la cadera de ella.

—Vamos a mi cuarto. Allí te lo explicaré todo. Además, también quiero saber cosas sobre ti.

—Pe..., pero señor, antes...

Murmuró con una voz ligeramente temblorosa, después de que el hombre le hubiera susurrado al oído.

—Ese señor también está muy interesado en su trabajo.

Señaló con el dedo a una sombra muy larga que permanecía de pie en la entrada del bar.

—Usted es el doctor Pietro Borromini, ex funcionario del Departamento de Tasación de los Tesoros Sagrados del Vaticano, ¿no es así?

Una voz serena resonó en el solitario bar.

Un joven con hábito y con canas luminosas como si fueran una corona levantó el puente de sus gafas redondas con una sonrisa irónica.

—Es un placer saludarle. Soy Abel Nighthroad, agente del

Ax, Servicio Secreto de la Secretaría de Estado de la Santa Sede. Doctor Borromini, la razón por la que he venido a verle... Ya la sabe, ¿verdad?

—¿¡Ax!?

Un alarido tan agudo no era propio de un hombre como él, pero dado su enorme cuerpo fue de admirar una reacción tan ágil. Nada más coger a la prostituta como escudo, le apuntó a la sien una pistola que tenía escondida en el pecho.

—¡No te muevas, padre!

Mientras los clientes del bar se escondían debajo de los taburetes, Borromini gritó, histérico:

—¡Como muevas un dedo, mataré a la chica!

Sin embargo, el cura mantenía la calma.

—Vaya, vaya. ¡Qué bajo ha caído el que fue el cerebro del Vaticano! —murmuró mientras sacaba un anticuado revólver de percusión.

—A pesar de todo, hemos hecho bien contratando un seguro... Adelante, Esther.

—De acuerdo.

Una voz serena respondió al sacerdote.

En ese instante, el cuerpo de la prostituta cayó al suelo.

—¿¡Hmmm!?

A Borromini le bailaron los ojos de pasmo. Esther le barró las piernas y el gigante cayó al suelo.

—¡No se mueva! —sonó una voz muy intensa.

Esther estaba de pie con la cabeza erguida y tenía agarrado un objeto que antes colgaba bajo su falda. Era una escopeta recortada por el cañón y la culata para que se ajustara a la longitud de su muslo. Aunque no era de largo alcance, se trataba de una excelente arma para adaptarse a cualquier bala de escopeta, de goma o de gas.

Fijando el objetivo con unos ademanes que denotaban un buen entrenamiento, la chica pelirroja le advirtió de nuevo:

—Soy Esther Blanchett, agente de la Secretaría de Estado del Vaticano. Doctor Borromini, queda usted detenido en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo por haber infringido el Reglamento del Servicio Público de la Santa Sede. Presuntamente, usted copió y distribuyó programas sin permiso al ser despedido por el Departamento de Tasación de los Tesoros Sagrados. ¡Ponga las manos sobre la cabeza y levántese despacio!

—Bueno, ha sido pan comido.

Era Abel, el sacerdote con canas, quien había lanzado con orgullo una risa contenida levantando sus gafas, a pesar de no haber hecho absolutamente nada.

—En fin, bajo mi mando, un trabajo así es muy fácil.

—Padre, dejad de jactaros y dadme las esposas.

Esther gruñó, irritada, y se limpió los labios pintados con la mano libre.

—No aguanto ni un segundo más con esta pinta tan asquerosa.

—Bueno, bueno. Espera un momento. ¿Dónde tenía las esposas...? ¿Hmmm?

De debajo del hábito iban saliendo sucesivamente trozos de chocolate medio mordidos, globos rotos, una zapatilla..., pero, de repente, la mano se quedó quieta. Al desplegar con temor un trozo de papel arrugado, gritó con desesperación:

—¡Pero si es la factura del último viaje de trabajo! ¡Vaya por Dios! Se me ha olvidado entregarla al Departamento de Contabilidad para la liquidación del mes pasado. Si la entregara inmediatamente, ¿la aceptarían?

—¡Cómo voy a saberlo! Es que siempre lo dejáis todo para el último momento... ¡Pa..., padre!

El aviso de Esther llegó tarde por un pelo. Justo en el momento en que los dos estaban distraídos, el enorme cuerpo saltó del suelo. Abel, que no pensaba más que en la factura, chilló, pero el gigante ya había agarrado al pobre cura por la espalda.

—¡Basta de chorradas, nena!

Con los disparos, los cristales de las ventanas que daban a la calle estallaron en pedazos. Borromini gritó, agitando el revólver de percusión que le había quitado a Abel.

—Si no quieres que le rompa el cuello al cura, ¡estáte quieta!

—Se..., señor, me está estrangulando.

La cara del reverendo, que gemía con dificultad, estaba ya algo más que pálida, lo que indicaba que se hallaba en un estado límite. Esther chasqueó la lengua con la escopeta en las manos.

—¡Ríndete, Borromini! ¡Suéltale!

—¡Cierra el pico y quédate quieta!

Borromini disparó una vez más hacia el techo. Mientras Esther intentaba protegerse la cabeza de la lluvia de esquirlas de la araña, Borromini se lanzó a la calle a través de las ventanas rotas, llevándose consigo al cura, por supuesto. Apartando a la muchedumbre alborotada, intentó huir hacia el otro lado de la calle.

—¡Quieto!

Esther le persiguió apresuradamente, pero la multitud, en estado de pánico, impedía su paso. La monja se encontraba al borde de la desesperación ante esa situación fuera de control.

—¿Qué hacéis aquí, padre Nightroad?

Una voz casi sin entonación resonó por encima del murmullo de la gente.

Tal vez un robot habría hablado con ese tono. Borromini se paró, probablemente intimidado por aquella voz carente de ningún tipo de sentimientos. Al otro lado había una sombra de corta estatura.

Era un cura con un hábito completamente negro. No prestó ninguna atención al grandullón que estrangulaba a su compañero sacerdote ni a la pistola que llevaba, y volvió a preguntarle con calma:

—Padre Nightroad, ésta es un área de vigilancia especial. ¿Qué diablos hacéis aquí?

—Me..., me están estrangulando... ¡Ho..., hola, padre Tres! ¡Qué casualidad!, ¿no? —El religioso de las gafas respondió con voz tenue, a punto de ahogarse—. Je, je... Estoy en un apuro como veis... ¿Y vos? ¿Qué hacéis aquí?

—Estoy de servicio.

El sacerdote de baja estatura, padre Tres Iqus, del Servicio Secreto de la Secretaría de Estado del Vaticano, devolvió una mirada fría a su compañero moribundo.

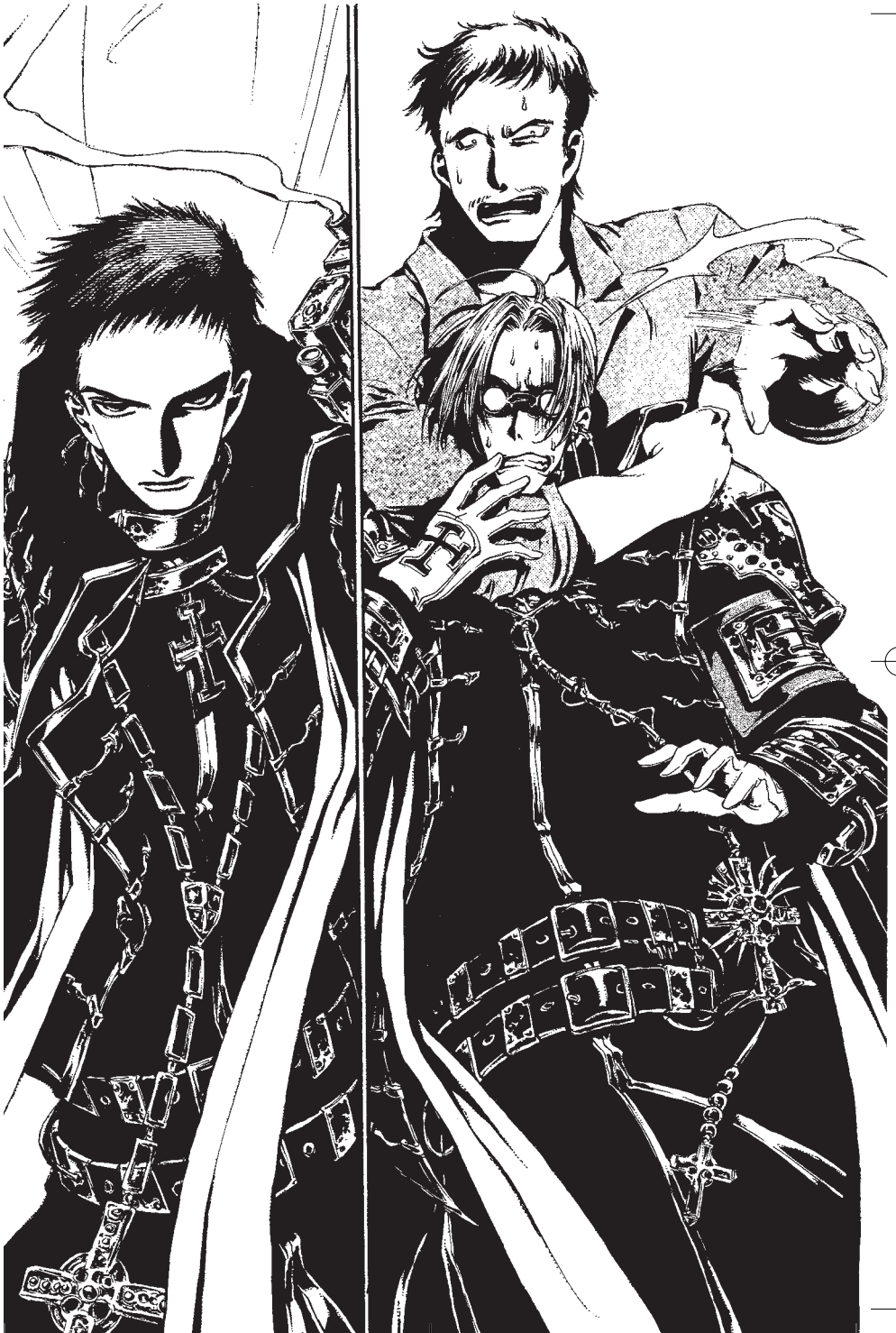
—Dentro de trescientos cuarenta segundos, la duquesa de Milán pasará en coche por aquí. Estaba controlando la vigilancia.

—Estupendo... ¡Ah!

—¡Callaos! ¡Cerrad el pico, que yo estoy aquí!

Borromini chilló, estrangulando nerviosamente al rehén. Apartó el arma de la sien de Abel y apuntó a la cara del otro religioso.

—¡Eh, tú, vete más atrás! Si no te apartas, ¡te mato primero a ti!



—¡Cuidado! ¡Apartaos, padre Tres!

—...

A pesar del arma que apuntaba hacia él y del aviso de Esther, el cura de corta estatura no se inmutó, pero sí se movió otra cosa.

—La situación actual es de nivel uno. Abrid fuego.

¿Cuántas personas oyeron esa voz susurrante? Inmediatamente después de los disparos, vino un chillido profundo.

—¡Ah!

El impacto, equivalente a la fuerza de un toro, alcanzó el brazo de Borromini, o mejor dicho, su pistola. Antes de que el revólver cayera rebotando en el empedrado, Tres ya estaba avanzando con una pistola grande, de la que todavía salía humo, como un animal que mostrase sus colmillos.

—¡Ah! No te acerques...

—Uno coma noventa y ocho segundos demasiado tarde.

Borromini intentaba dar golpes chillando, pero el atacante ya había desaparecido ante sus ojos. De inmediato quiso volverse hacia atrás, pero antes de que pudiera hacerlo, un manotazo le golpeó sin piedad justo en la nuca.

Con exactitud anatómica paralizó su sistema nervioso, y el gigante se derrumbó. Debajo de su cuerpo, se oyó un gemido parecido al de una rana aplastada, pero nadie le prestó atención.

—E..., es...

Ni siquiera habían pasado dos segundos. Todo había terminado ya cuando Esther reaccionó después de haberse quedado boquiabierta ante una escena de acción como ésa.

—¿Pa..., padre Tres?

El pequeño cura estaba guardando parsimoniosamente

el arma en la pistolera y se volvió al oír su nombre. Sus ojos poseían la misma luz sin vida que Esther había visto en su pueblo natal hacía ahora seis meses.

—¡Cuánto tiempo sin veros! ¿Os acordáis de mí? Soy...

—Hermana Esther Blanchett. Os recuerdo perfectamente —dijo el sacerdote, que asintió con sequedad—. Según los datos recibidos de Recursos Humanos, os asignaron un puesto en la Secretaría de Estado del Vaticano con fecha veinte de febrero de este año, es decir, hace ciento sesenta días. Después de finalizar, hace doscientas cinco horas, la formación especial de cinco meses, os destinaron al Departamento de Investigación y, en este momento, os encontráis en Cartago como apoyo al padre Nightroad en su labor de detención del ex funcionario del Vaticano en fuga. Corregidme si me equivoco.

—Todo es correcto. Por cierto, ese ex funcionario es el que está tendido en el suelo.

—Comprendo la situación.

Tres asintió fríamente y agarró por el cuello a Borromini, que aún permanecía desmayado. Una fuerza extraordinaria, casi imposible de imaginar en una persona de tan poca estatura, arrojó el gigantesco cuerpo del programador delante de la monja.

—Os recomiendo que os lo llevéis a la embajada mientras esté desmayado.

—¡Mu..., muchas gracias!

Mientras Esther le daba las gracias, Tres se giró para marcharse. La pequeña espalda se fue desvaneciendo entre la muchedumbre con pasos rítmicos. Esther lanzó una mirada de admiración hacia ese hombre que aun de espaldas parecía estar alerta.

—Perdón. ¿Qué está pasando aquí?

Se volvió sobre sí misma hacia una voz que sonó junto a ella.

Los que la rodeaban eran policías que mantenían el orden en las calles. Habían acudido nada más darse cuenta del alboroto. Una mirada de sospecha se clavaba en esa chica con un aspecto impropio de mujer.

—Yo..., yo no soy la causante —se defendió Esther, aturrida, y sacó su identificación, que llevaba bajo el vestido. Se subió con dificultad los tirantes, que se le caían—. Soy Esther Blanchett. Pertenezco a la Secretaría de Estado del Vaticano. Estaba persiguiendo a un criminal en ese hotel. ¡Ah!, éste es el permiso del gobierno cartaginés.

Varios policías verificaron cautelosamente la documentación y, después de un rato, por fin asintieron. Tal vez los habían visto a Tres y a ella hablando. Era evidente que la actitud de los policías había cambiado. Sin embargo, sin dar ni un suspiro, los policías bajaron la mirada al suelo.

—Entonces, hermana..., ¿esto qué es?

—Se..., señor, mi vida está llena de altibajos... Ya me gustaría tener una vida un poco más normal...

Con la misma postura que cuando le habían aplastado, el hombre estaba desmayado en el suelo con los ojos medio abiertos. A pesar de que unos niños que se habían acercado rápidamente se divertían pinchándole con unos palos, sólo deliraba y no parecía despertarse.

—¿Le conoce usted?

—P..., pues... —Al fin, Esther negó rotundamente—: ¡No, no le conozco de nada!